



El Amor

*la fuerza motriz en la vida
de Santa Luisa de Marillac*



Hacia el final de su vida, durante la última fase del viaje espiritual de Santa Luisa, el amor de Jesucristo crucificado la impulsó hacia el amor al abandono total que es la unión con Dios.



Como fue el amor la fuerza motriz de la vida de Luisa de Marillac, así quería ella que fuese para todas sus Hijas.

A las hermanas de Angers, les escribió: "Deseo que todas estén llenas de un gran amor que las sumerja tan dulcemente en Dios y tan caritativamente al servicio de los pobres, que ya no haya lugar para muchos pensamientos que ponen en peligro su perseverancia".

(Luisa de Marillac a Madeleine Mongert, Junio de 1642)

En verdad, sólo el amor era capaz de sostenerlas en el difícil camino que habían elegido seguir.



A las hermanas de Serqueux les dirigió la siguiente exhortación:

“¡Tened buen corazón! Trabajad bien para vuestra perfección en las numerosas ocasiones que tenéis que sufrir y practicar la dulzura y la paciencia. Levantaos por encima del rechazo y cualquier contradicción que podáis encontrar. Sed valientes y nada encontraréis difícil para el santísimo amor de Dios y de Su Hijo Crucificado”.

(Luisa de Marillac a la Hermana enviada a Serqueux, Octubre/Noviembre de 1645)



El amor al que fueron llamadas las Hijas de la Caridad y su fundadora debía alimentarse con las cualidades descritas por San Pablo en el capítulo 13 de su primera carta a los Corintios.

El amor debía ser “paciente y amable”.

“Sea paciente, querida hermana, ... con todos ...

Practique gran mansedumbre, condescendencia y discreción”.

(Luisa de Marillac a Cécile Angiboust, 20 de septiembre de 1650)



El amor no es nunca
“jactancioso ni presumido”.

“Entreguémonos con gusto y
voluntariamente a Dios para
aceptar todas las humillaciones
que nuestro orgullo deba
soportar”.

(Luisa de Marillac a Cécile Angiboust, 20
de septiembre de 1650)



El amor “no se ofende y no se resiente”.

“No debemos ser tan susceptibles que nos lastimen si alguien no nos habla o no nos sonríe. Debemos tratar de ganar sus corazones por el apoyo y la cordialidad”.

(Luisa de Marillac a Sor Turgis, 24 de agosto de 1644)



El amor “se goza en la verdad”.

“Bien sabe que los cargos no deben ejercerse con absolutismo, sino con caridad... hemos de aliviar lo más que podamos a nuestras queridas Hermanas que siempre tendrán bastante con soportarnos”.

(Luisa de Marillac a Cécile Angiboust, 20 de septiembre de 1650)



El amor "siempre está dispuesto a excusar, a confiar, a esperar y a soportar".

“Renueve su confianza en Dios y abandónese a Su guía. Si continúa ... observando sus Reglas, puede estar segura de que Él le ayudará en todas tus necesidades”.

(Luisa de Marillac a Laurence Dupois, 7 de agosto de 1657)



Aunque [santa Luisa] reconocía que [el amor] puede ser en ocasiones difícil, que siempre debe respetar al individuo, y que a menudo requiere de una gran virtud, nunca se cansaba de recordarles que a ese amor fueron llamadas, y que sin él la Compañía no podría perdurar.



En una de sus meditaciones escribió: “El alma que verdaderamente ama a Dios no debe buscar nada más. La mayor felicidad que puede experimentar es cooperar en darle la gloria a Él... el único sujeto de todos nuestros afectos”.

Luisa concluyó esta meditación así: “Bienaventurados los que emplean toda su capacidad de amar para hacer que el amor de su Maestro sea dueño de sus corazones... Benditos, así, son los que ayudan a otros a cumplir sus obligaciones para con Él”.

(“La pureza del amor necesario para recibir al Espíritu Santo”)



Seguramente, Luisa está pensando aquí en sus compañeras en su viaje espiritual, que la habían ayudado a cumplir sus obligaciones para con Dios. Su correspondencia revela que, en sus últimos años, su amistad con las hermanas y con algunas de las Damas de la Caridad significaba cada vez más para ella.

Sin embargo, fue al mismo tiempo un período durante el que poco a poco se fue desprendiendo de todo lo que no fuera solo Dios.



Sin embargo, es incuestionable que se refiere, en el texto anterior, a Vicente, en quien había encontrado fuerza y apoyo durante treinta y seis años.

Había llegado a darse cuenta, aunque dolorosamente, de aquello que Vicente mencionaba en su carta de 1660 a Mathurine Guérin como “el gran secreto de la vida espiritual”... A través de su amistad libertadora, había podido por fin “dejan [en Dios] todo lo que [amó], abandonándose [ella misma] a todo lo que Él [quería]”.

(Vicente de Paul a Mathurine Guerin, 3 de marzo de 1660).



Al final pudo estar plenamente unida a su Amado, y exclamar con el salmista:

“El Señor vino en mi ayuda.
Me sacó a un espacio abierto, me salvó porque me amaba.”

Salmo 18, 19-20

Fuente: Sullivan, Louise D.C. (1991) "*The Spirituality of Louise de Marillac: Moved by the Spirit to Charity,*"

Vincentian Heritage Journal: Vol. 12: Iss. 2, Article 5.

Disponible en línea en: [Depaul University Library](#)